

lo que decía la zorra de la fábula á las uvas que no podía coger: *¡están verdes!*

Encendióse la frente de Paulina, no de rubor sino de ira, hirió el suelo con su planta y gritó con enfado:

—¿Quiere usted dejarme en paz? Es verdad que Eduardo nunca ha hablado de casamiento; pero lo mismo sería, porque le amo demasiado para tomar un nombre que no puedo honrar.

—¡Vaya unos escrúpulos! —exclamó riendo Sinforosa.

—Usted no puede comprenderlos, bien lo sé; pero yo sí—dijo Paulina tristemente;—tan imposible es que el Excmo. Sr. D. Eduardo Vélez, marqués de Vélez, se case con Paulina *la Malpeinada*, como tocar al cielo con las manos.

—¿Qué manía tienes de recordar ese apodo á cada instante?

—Es el que me daban en la academia de pintura á causa de mi pelo rizado, que jamás quería estarse quieto, y el que me siguieron dando todos en casa de usted cuando me recibió hace dos años; yo me complazco además en recordarle para no pensar jamás en que Eduardo pudiera casarse conmigo; es, en fin, un amuleto con el cual conjuro las tentaciones.

Las últimas palabras de la joven se confundieron con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Volvióse Paulina y, lanzando un grito de ale-

gría, corrió á echarse en los brazos del coronel, que apareció en el umbral.

XIX

Paulina.

Más hermoso, más elegante, más alegre que cuando le vimos en la comida que tuvo lugar en casa del conde D... la noche en que principió esta historia, se apareció el coronel Eduardo Vélez á los ojos de la joven Paulina.

Abrazóle ella con ese transporte apasionado que parecía la base principal de su carácter, y luego se puso á contemplarle con una especie de concentrada adoración, apoyando en el brazo derecho del coronel sus dos manos cruzadas.

—¿No quieres que nos sentemos, Paulina mía?—preguntó Eduardo mirando á la joven con cariñosa sonrisa.

—Aquí no, Eduardo—contestó ella;—vámonos á mi cuarto.

Tendió el coronel la vista por la estancia para ver si descubría el motivo que obligaba á dejarla á Paulina, y entonces se aperebió de la presencia de doña Sinforosa, que se había puesto en pie en actitud humilde y obsequiosa.

—Buenos días, bruja—dijo mirándola con burlona sonrisa;—¿viste anoche al conde?

—Sí, señor—contestó la vieja sin darse por ofendida del epíteto con que la habían saludado.

—¿Quedó arreglado el asunto?

—Sí, señor.

—Eso quiere decir que su pobre bolsillo habrá quedado mal parado con el ataque dado por tus uñas.

—El conde no es muy espléndido—gruñó doña Sinforosa con mal humor.

—¿No? Pues tú eres la primera que lo dice—repuso el coronel tratando á aquel degradado sér con su dureza militar;—siempre, durante los siete años que le trato, ha sido proverbial la esplendidez del conde; mas tales serían tus pretensiones que se habrá visto obligado á atajarlas.

La vieja iba á contestar; pero el coronel le hizo con la mano una imperiosa señal de silencio, y cruzó con Paulina la estancia para dirigirse al cuarto de la joven.

Dentro ya, entornó el coronel la puerta y se sentaron ambos en un sofá.

Era aquella habitación en extremo linda, aunque no de muy grande extensión; cubríala una bonita sillería de seda púrpura, bordada prolijamente de estrellitas de oro; sin duda á causa de lo reducido de las casas de Madrid, ó tal vez por conocer el coronel los hábitos poco laboriosos de Paulina, no servía aquella salita de cuarto de labor; las pobres mujeres á quienes el vicio, la ig-

norancia ó la desgracia arroja en el abismo de su perdición, huyen de toda ocupación provechosa y pasan su vida, bien en el tocador, bien mintiendo un amor que no pueden sentir, ó quizás llorando sus extravíos sin remedio y cuyo sólo término suele ser su prematura muerte.

Nada podía dar mejor idea del exacto conocimiento que el coronel tenía del carácter de las mujeres como Paulina que la disposición y arreglo de aquel aposento, cuya dirección había tomado él á su cargo; la esplendidez de la sillería consistente sólo en sofás y sillones, alternados y extraordinariamente cómodos, hacía un delicioso efecto con cuatro grandes espejos que cubrían totalmente las paredes; caían desde el techo al suelo, á manera de nubes, inmensas cortinas de seda púrpura alternadas con otras de gasa blanca y recogidas todas en un caprichoso desorden con gruesos cordones de oro que remataban en grandes borlas.

Entre los dos balcones de la estancia se elevaba otro espejo del mismo tamaño que los otros y sostenido por gruesas columnas doradas, que servía de tocador; aquel espejo remataba en su parte superior por un Cupido, que parecía arrojar nubes de gasa y púrpura que servían de cortinas.

Debajo del espejo había una mesita dorada de pies cortos y cincelados y sobre ella multitud de

riquísimos frascos, cajas y primores de toda especie; nada se había olvidado de lo que generalmente usa una mujer que vive de agradar; cosméticos, perfumes, pastas, joyas y lazos.

Pero entre toda esta aglomeración ni una flor que recordase la bondad de Dios y la hermosura de la naturaleza; ni un cuadro que atestiguase amor á las artes; ni una escultura que patentizase el sentimiento de lo bello; ni piano siquiera, ese amigo de la dicha solitaria, que encanta las veladas de la familia y alegra con sus dulces y fáciles armonías las tareas domésticas.

La vivienda de una mujer como Paulina es y ha sido siempre lo mismo; por fortuna no hay muchas Margaritas Gautier, esa dulce y melancólica creación de Dumas, hijo, pues de lo contrario no sería tan común la felicidad doméstica.

Dumas hijo, sin embargo, estudió bien el tipo que nos ha presentado: á pesar de las bellas dotes con que se ha complacido en adornar á Margarita, jamás ha dicho que ésta inspirase á Armando la idea de hacerla su esposa; no, ni por un momento el joven Duval pensó en unir el honrado nombre de su padre al de la *Dama de las Camelias*.

No tenía ningún punto de semejanza Paulina con Margarita: aquella era resuelta y su energía rayaba en aspereza; era violenta y vengativa,

arrebatada y poco razonable, y no daba esperanza alguna de cambiar de carácter, puesto que había cumplido los veintiocho años de su edad.

Amaba, sin embargo, con pasión al coronel Eduardo Vélez; quizá había hallado en él, más que en otro alguno, un afecto parecido al amor.

Hija de un mozo de tahona, había perdido á su padre cuando contaba diez años; su madre volvió á casarse con un hombre perverso que se embriagaba todos los días y golpeaba á la pobre Paulina.

El carácter áspero de la niña se revelaba contra semejantes tratamientos; un día que su padrastro la golpeó muchísimo, ella le tiró un cuchillo que halló á la mano y huyó de casa, refugiándose en la de unos vecinos de enfrente.

Eran éstos un joven pintor y su esposa; ambos se adoraban y vivían en la mejor armonía del mundo; sólo una pena acibaraba su dicha: tenían una hija y era contrahecha; era nuestra amiga Malvina que, á pesar de contar sólo un año en aquella época, presentaba ya en su endeble cuerpo la misma deformidad con que luego la hemos conocido.

Mercedes, su madre, era una joven de veinte años, de hermoso y dulce carácter.

Su esposo, Andrés, no le era inferior en bondad, y ambos acogieron á la pobre Paula, que

así se la llamaba en aquellos días, con el mayor cariño.

Era aquella entonces una muchacha de quince años, de fisonomía huraña, ya por su carácter, ya por los malos tratamientos que desde hacía cinco años venía padeciendo; su desaseo era extremado, y hacía un penoso contraste con la natural elegancia de Mercedes, que, á pesar de su estrecha posición, era un modelo de gracia.

Paula no hacía en todo el día más que comer y saltar como una cabra montés; ni aun la niña Malvina la atraía; holgazana por naturaleza, jamás echaba mano á nada de la casa ni se brindaba para la tarea más sencilla.

—Es preciso ya que pienses en dedicarte á alguna cosa, Paula—le dijo un día Mercedes, dos meses después de haberla acogido en su casa:—¿qué quieres ser?

—¿Yo?... nada—contestó brutalmente Paula.

—Eso no es posible; todos los que nacemos de padres pobres tenemos que aprender á trabajar; si no tienes habilidad para alguna cosa no te casarás, porque un artesano necesita una esposa que le ayude á mantener la casa.

—Yo no quiero casarme—contestó Paula.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener quien me mande; si mi marido me regañase le mataría, porque bastante he aguantado ya.

—Los buenos maridos no regañan á las mujeres que también son buenas; vamos, Paulita, ¿quieres ser modista? Yo era la primera oficiala de un almacén francés cuando me casé con Andrés, y aunque no tenía más que diez y ocho años, le llevé trescientos duros de dote y el ajuar de casa, regalo de mi maestra, que me quería mucho.

—No quiero ser modista—respondió Paula con su grosería habitual;—si es que se cansa usted de darme la comida me iré.

—¿Cómo puedes pensar eso, hija mía?—repuso abrazándola Mercedes.—No, no; aun hay en mi casa, á Dios gracias, un cubierto, una cama y algún vestido para ti; lo que te digo es por tu bien; si te aplicas á alguna cosa estarás más entretenida y te harás una buena muchacha, porque eres muy bonita y hallarás un hombre de juicio que te quiera mucho.

Brillaron los ojos de Paula al oír estas dulces palabras, las primeras agradables que en su vida había escuchado: *eres muy bonita y hallarás quien te quiera mucho*; esta frase resonó en sus oídos como una música celestial; privada de amor y consumida siempre por su naturaleza ávida de emociones, lo que más deseaba en el mundo era que la amasen y amar; una lágrima vino á templar el resplandor casi salvaje de sus ojos, y dijo mirando con gratitud á Mercedes:

—Por dar á usted gusto trabajaré.

—Gracias, hija mía.

—¿Podría yo saber pintar?

—¿Por qué no? Si tienes afición, Andrés te dará lecciones en casa y, además, irás á la academia; ¡oh, una mujer pintora es una cosa muy bella!

Faltó tiempo á Mercedes para comunicar á su esposo la vocación de su joven huésped, y desde el día siguiente empezó aquél á dar á ésta lecciones de dibujo.

La índole de Paula se fué dulcificando poco á poco bajo el influjo de esa dulce coquetería que despertaba en ella el sentimiento de la belleza inseparable del arte divino de la pintura; se hizo más aseada y anhelaba siempre que llegase la hora de la lección.

Seis meses después de haber empezado á dibujar, Paula, que ya no respondía sino al nombre de Paulina, por parecerle éste mas bonito, fué acompañada por Andrés á casa del célebre pintor Valdés, quien durante las primeras horas de la mañana tenía en su casa una academia de jóvenes que se dedicaban, bajo su inspección, á estudiar el sublime arte de la pintura.

Valdés había visto en París, donde había residido mucho tiempo, los excelentes resultados que daban las academias particulares de jóvenes, y había establecido la suya, única en Madrid, y

amenizada por la presencia frecuente de su joven y encantadora esposa.

Muy pronto acudieron á ella jóvenes de todas las fortunas, pero en su mayoría ricas, nobles y elegantes; de esta suerte Paulina, que en casa de Andrés parecía una linda joven, fué en la academia el ludibrio de todas sus compañeras.

Llamábanla Paulina *la Malpeinada*, á causa de su cabello basto y encrespado, y no faltó alguna que quiso lucir su agudo ingenio dándole el nombre de *Paulina Erizo*; este apodo, discurrecido por una marquesita, causó gran sensación, y desde entonces la hija del mozo de tahona no fué llamada con otro.

La pobre niña no tenía en su alma las semillas de esa religión bienhechora que nos hace fuertes contra el insulto; se indignó contra sus malignas compañeras y las llenó de dieterios, pero éstas se alborotaron y la llamaron *barrendera de tahona* y *pordiosera*. Furiosa entonces Paulina como una tigre, les tiró á la cara la paleta y los pinceles; rompió en mil pedazos su caballete y se les arrojó también, hiriendo á dos ó tres, y desgarrando sus manguitos escapó del taller, maldiciendo del día en que quiso pintar.

No pensó ni por un instante siquiera en volver á casa de Andrés; sin embargo, al acordarse de Mercedes, de su hija, una lágrima humedeció sus enardecidos ojos.

—No quiero volver—se dijo por fin.—No puedo hacer más que comerles parte del escaso pan que tienen, porque Mercedes está enferma y la pobreza que les amenaza me horroriza.

Acostóse en la calle, y cerca de la media noche sintió que la movían suavemente.

Paulina alzó la cabeza de la piedra que le servía de almohada y miró con extrañeza á la persona que tenía al lado.

Era un joven de aspecto casi pobre, pero vestido con esa elegancia que descubre restos de una fortuna mejor, perdida por la disipación.

—¿Qué me quiere usted?—preguntó ásperamente Paulina.

—Quiero darte un asilo, hermosa niña. ¿Cómo te llamas?

—Paulina Erizo—contestó ella sonriendo con amargura.

—¿Quieres venir conmigo?—tornó á preguntar el calavera algo admirado de tan extraño apellido.—Te llevaré á una casa donde te darán buena comida y buena cama.

—¿Y me harán trabajar?

—No.

—¿Y me pegarán?

—Tampoco.

—Pues entonces vamos; tengo hambre y frío, pero antes me moriré en la calle que aguantar que me insulten ó golpeen.

—Te cuidarán perfectamente; vamos.

El calavera arruinado tomó á la joven del brazo y la condujo á una de esas casas en las cuales tantas infelices consumen los mejores días de su juventud; su libertador iba á verla todos los días, y la quería con esa postrera pasión de las almas cínicas; mas un día sorprendió á Paulina hablando con otro joven y le clavó en el pecho el estoque de su bastón, huyendo al instante y librándose con su fuga de la persecución de la justicia.

La desgraciada fué conducida al hospital, y cuando estuvo convaleciente se encontró de nuevo en la calle sin abrigo y sin pan; volvió á la casa donde había sido herida y la halló ocupada por doña Sinfrosa, pues su anterior habitadora estaba presa á consecuencia del lance ocurrido con Paulina.

La nueva propietaria de aquel antro de vicios la recibió con mucho agasajo y la presentó á otra joven de su edad que vivía con ella y pasaba por sobrina suya.

Aquella joven estaba entonces en relaciones con un torero: éste la abandonó por Paulina, con la cual se casó.

Siete años después murió colgado en las astas de un toro en una corrida que tuvo lugar en Sevilla. Paulina volvió á Madrid, y en la misma diligencia venía el coronel Eduardo Vélez.

Hombre gastado éste, quedó prendado del desenfado de Paulina y de su aliento varonil, y cuando llegaron á Madrid ya llevaban concertado su plan, que al instante pusieron por obra.

No bien doña Sinfrosa supo la llegada de Paulina, corrió á verla: el coronel la persuadió á que la admitiera en la casa que le había alhajado, á que la vistiera con decencia y á que la hiciera pasar por su madre, prohibiéndole decir á nadie que había estado casada con un torero; y Paulina, que amaba al coronel con ese primer amor fuerte y apasionado, obedeció en todo.

Aun consiguió mas de ella el coronel: á fin de enaltecer su inteligencia la persuadió de que debía recordar sus lecciones de pintura y la compró caballetes, paletas y excelentes modelos: mas Paulina ya no podía trabajar; su azarosa y corrompida existencia había ahogado en su alma todo sentimiento, toda percepción de lo bello; lo más noble que sabía hacer era amar al coronel, quien, por su parte, la quería más de lo que podía esperarse.

Su corazón hastiado buscaba el amor más envilecido y material, del mismo modo que un paladar estragado por exquisitos manjares busca alguna vez alimentos groseros y ordinarios.

Completamente desilusionado en cuanto á la virtud de la mujer, por haber sido demasiado feliz en todas sus afecciones, se abandonó al amor

brutal de Paulina, que al menos tenía la virtud de la constancia y la habilidad de mantener vivas sus sensaciones con sus arrebatos de cólera y sus humildes caricias.

XX

Los dos amantes.

—¿A qué debo hoy la dicha de verte tan temprano, Eduardo mío?—preguntó Paulina, cuyo lenguaje se había hecho culto y elegante por el cuidado que ponía en agradar al coronel.

La joven, llevada de la vivacidad impaciente de su carácter, y sin dar tiempo á Eduardo para contestar á esta primera pregunta, añadió:

—¡Tú no sueles levantarte hasta las doce, según me dicen tus criados, y hoy son apenas las diez!

—La misma pregunta pudiera yo hacerte, mi querida Paulina—dijo sonriendo el coronel;—tú también has madrugado hoy.

—Por lo regular me estoy en la cama hasta la hora en que acostunbras á venir, deseosa de ocupar el tiempo para que se me haga más corto; mas no logro ningún descanso, pues mil pensamientos tristes me ocupan la cabeza.

—Tu cabeza será siempre de fuego para tu mal y el mío—repuso Eduardo;—y ¿sabes, Pau-

lina, porqué está tan acalorada? Por la continua ociosidad en que vives; si me quisieras me darías gusto, ocupándote en algo.

—¿Y qué he de hacer? No sé ninguna labor de mi sexo; jamás he trabajado; hoy me hizo saltar de la cama una reyerta entre doña Sinfrososa y mi doncella, y me asusta lo largo que me va á parecer el día; en castigo de haberme quitado el sueño voy á echar á la calle á esa vieja.

—Espera un poco—dijo el coronel;—todavía hace falta aquí esa mujer; no bien se haya terminado el asunto de que vengó á hablarte, puedes despedirla si te place, pues veo que, con tu carácter violento, únicamente viviendo sola estarás bien.

—¿De qué asunto quieres hablarme?—preguntó Paulina, cuya índole inquieta, vivaz y egoísta se fijó únicamente en lo que le atañía.

—No es asunto mío—repuso el coronel;—es de un amigo á quien deseo servir, y para conseguirlo necesito de ti.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—El conde D...

—No le conozco.

—No; jamás ha estado en tu casa, y es quizá de los pocos amigos míos que tampoco te conocen; vales tanto, Paulina mía, que siempre he tenido orgullo en mostrarte.

Sonriose Paulina con tanta complacencia como

la que siente una mujer de honor al recibir una prueba de consideración y de respeto.

El coronel prosiguió:

—El conde D..., querida mía, ha sido hasta hace unos dos meses el hombre más feliz de la tierra, y hoy le creo el más desdichado de cuantos existen.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—No lo sé, aunque me lo figuro.

—¿Es casado?

—Sí; y su mujer, que era un ángel de belleza y de virtud, era lo que constituía la mayor parte de su dicha; poco tiempo hace que en un convite que el conde dió á algunos de sus amigos, entre los cuales me hallaba yo, se enfadó conmigo de un modo increíble porque sostuve que no había encontrado en toda mi vida una mujer que valiese más que otra; jamás he visto defensor más acérrimo del mérito de las mujeres, sin duda por el extraordinario de la suya, y hoy le encuentro desesperado, abatido y melancólico. Él, que antes era tan jovial y tan...

—Habrá descubierto que su mujer tiene algún amante—dijo Paulina con una ruidosa carcajada.

—Tal vez—repuso el coronel—y me afirma en esta suposición el asunto que ha concertado con doña Sinfrososa y del cual voy á hablarte.

—Ya te escucho.

—El conde se ha enamorado de una jovencita de vida dudosa.

—¡Ah!—exclamó Paulina con aire de triunfo.—¡Al fin todos venís á caer en nuestras redes!

—Ha buscado una persona para que le proporcione una entrevista con ella, y esta persona ha sido casualmente doña Sinforosa.

—¡Cómo!

—Entre ambos se ha convenido que la vieja irá á casa de la niña á rogarle, en nombre de una hija que tiene pintora, que se preste, por dos ó tres días, á servirle de modelo para pintar una Virgen.

—¿Y cuándo va á ir doña Sinforosa con esa pretensión?

—Ya fué anoche y está todo arreglado.

—¡Cómo! ¿Sin consultármelo?...

El conde y doña Sinforosa me pidieron permiso para ello.

—Eso es otra cosa—contestó Paulina, á cuya perspicacia no se ocultaba lo poco que suponen las mujeres de su condición para los hombres de alta clase, pero cuya alma era tan poco elevada que no se ofendía por ello en lo más mínimo.

—Todo está arreglado—continuó el coronel;—la joven vendrá aquí á las once. Ya ha dispuesto Pepa, por orden mía, el cuarto de los caballetes; con que ve á ponerte un vestido muy modesto, un traje así... como de pintora muy pobre que

mantiene á su madre: el conde vendrá á la una con el pretexto de encargarte un cuadro.

—Voy á vestirme—dijo Paulina levantándose dócilmente; mas de súbito se encendió su frente, lanzaron relámpagos sus ojos, y clavándose con fijeza en el coronel, le preguntó:

—¿Conoces tú á esa joven?

—Sí, la conozco, y también á dos hermanas que tiene.

—¿Son bonitas?

—Nada he visto jamás que pueda compararse á su belleza—repuso ingenuamente el coronel.

—¿De veras?... ¡Ah, no, no me engañarás!—gritó Paulina con voz sofocada.

—¿Qué es lo que dices, Paulina?

—Tú eres quien se ha enamorado de esa joven, y para engañarme has fingido toda esa historia de tu amigo el conde.

—¿Es posible que pienses tal cosa?—dijo el coronel acariciando entre las suyas las manos de Paulina.

—Es que la mataría!—rugió ésta llevada de su carácter violento y desenfrenado.

Tembló el coronel y quedó mudo de terror, pues conocía que la viuda del torero era muy capaz de ejecutar su amenaza.

Paulina continuó:

—Yo no quiero que ames á otra mujer, Eduardo; nadie te quiere en el mundo como yo, y

mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—¡Las once!—dijo el coronel al oír la campana de un reloj. ¡Paulina, por Dios, fía en mí! En este asunto no hay, por mi parte, otra cosa que el deseo de complacer á un amigo á quien aprecio.

—¿Me aseguras que me amas á mí sola?—preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo—dijo la joven, en cuyas pupilas se advertía aún cierto sombrío recelo;—voy á vestirme; ¿está preparada la pieza de pintar?

—Sí, me ha dicho Pepa que la había arreglado. En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*;—dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está?—preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hágala usted entrar en el cuarto de pintar—dijo el coronel—y cuide mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados: debe creer que es usted madre de Paulina y que ambas viven solas.

—Entiendo—dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió, cerrando la puerta.

XXI

El modelo.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento, donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija ruega á usted, señorita—dijo doña Sinforosa—que pase á su cuarto de estudio en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la transformación que se había operado en doña Sinforosa, la cual lucía un rico traje muy diferente del que había llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponía otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibía la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en orden; algunas paletas preparadas, y cuadros de escaso mérito, pendientes de